# Cristina de Suecia
# REINA Y REBELDE

**56. Minerva del Norte**
*María Victoria López-Cordón*

**63. Mecenas**
*José María Luzón Nogué*

**69. Todo el poder para el monarca**
*Carlos Gómez-Centurión*

Retrato ecuestre de la reina Cristina, por Sebastien Bourdon (Madrid, Museo del Prado).

Se convirtió hace 350 años en uno de los pocos monarcas que abdicaron para entregarse a su verdadera pasión, el arte, y a la religión que le dictaba su conciencia, el catolicismo. Celosa de la independencia que le garantizaba su soltería y con una fuerte espiritualidad, la figura de Cristina de Suecia brilla con luz propia en un mundo masculino. Tres especialistas se aproximan a su biografía, sus colecciones artísticas y la Europa en que le tocó vivir

# MINERVA del Norte

Culta, independiente, celosa guardiana de su libertad personal, Cristina de Suecia renunció al trono, aunque no al título de reina, para llevar una de las vidas más apasionantes de la Europa del XVII. **Victoria López Cordón** estudia su intensa biografía y los rumores que la acompañaron

Nací con buena estrella; tenía una voz ronca y fuerte y todo el cuerpo cubierto de vello. Por lo que al verme así, las comadronas creyeron que era un niño". Así comienza Cristina de Suecia el relato autobiográfico de los primeros años de su vida, aludiendo a una confusión de identidad que le perseguirá toda su vida. Mujer de espíritu varonil, como se decía en la época, su formación, sus aficiones y, sobre todo, su independencia, forjaron en torno a ella una verdadera leyenda, que a ella misma le gustó cultivar, contrastando deliberadamente su inteligencia y sus maneras bruscas con su sexo.

Consciente de su propia singularidad, de las limitaciones que como mujer tenía en un mundo de hombres, también sabía que el poder servía para eliminar muchas barreras y que sus extravagancias eran toleradas, porque inspiraba admiración y temor a un mismo tiempo. Educada para ser reina, su abdicación, debida no sólo a motivos personales, conmovió a Europa y la convirtió en una reina errante, no por eso menos influyente, ni polémica. En cualquiera de las situaciones de su vida, su personalidad, compleja y cambiante, resume muy bien esa mezcla entre lo político y lo religioso, lo científico y lo esotérico que caracteriza al siglo XVII. Encarnó un cierto ideal femenino, el de la amazona clásica, libre y valiente, aunque ella misma siempre se sintió más inclinada a pensar que su espíritu carecía de sexo que a reconocerse como modelo.

**M. Victoria López-Cordón** es catedrática de Historia Moderna, U. C. M.

**Trono de plata** de Cristina de Suecia, que fue realizado para su coronación.

Nacida en el Palacio Real de Estocolmo el 6 de diciembre de 1626, fue la tercera hija, única superviviente, de Gustavo Adolfo II de Suecia y María Eleonora de Brandeburgo. Muy unida a su padre, éste se propuso desde el primer momento que su crianza y formación fuera la de un heredero, ya que dio por sentado que sería su sucesora. Por el contrario, el carácter inestable de su madre la influyó muy negativamente y le provocó, al decir de algunos biógrafos, no pocas de sus contradicciones. Declarada reina electa a los seis años, a la muerte de su progenitor, fue puesta bajo la custodia de su tía Catalina del Palatinado, con cuyos hijos –Carlos Gustavo, que sería su sucesor, y María Eufrosina– compartió juegos en el castillo de Stegebert.

## Aficiones varoniles

Desde sus primeros años, se le enseñaron disciplinas masculinas y se procuró fortalecer su salud con ejercicio y vida al aire libre, por lo que no es extraño que fuera una excelente amazona, supiese tiro y esgrima y que sus modales careciesen de cualquier tipo de afectación, prefiriendo vestir, cuando le era posible, indumentaria varonil. Pero lo que la distinguió, ya desde entonces, fue su entusiasmo por aprender y su afición por la lectura. Tuvo por preceptor a Johan Matthiäe, un obispo tolerante que fomentó la curiosidad intelectual de su discípula y que, además de introducirla en las más variadas materias, como teología, filosofía, historia, geografía, matemáticas y astronomía, se preocupó especialmente de que supiera las lenguas clásicas y las modernas, llegando a manejarse con soltura en alemán, francés, italiano y español. Otro alto dignatario, miembro del Consejo de gobierno, Axel Oxenstierna, se encargó de su instrucción política, en lo que también puso mucha atención, porque siempre se tomó muy en serio su papel de futuro "rey".

En 1644, cuando alcanzó la mayoría de edad, tomó personalmente las riendas del gobierno. En el orden externo, en plenas negociaciones del Congreso de Westfalia, se mostró firme partidaria de

**La reina Cristina vestida como Minerva, por Justus van Egmont en 1654, el año de su abdicación. A Cristina le gustaba, cuando podía, vestir indumentaria varonil (Gripsholm, Statens Porträttsamling).**

la paz y, en el interno, resuelta a evitar que ningún consejero cobrara especial relevancia durante su reinado. Como no podía ser menos, la cuestión de su matrimonio se convirtió en un importante asunto de Estado que, sin embargo, fue resuelto con autoridad y firmeza por la joven reina. Un primer pretendiente fue su primo por parte materna Federico Guillermo de Brandeburgo, el posterior Gran Elector, pero su condición de alemán y calvinista, hicieron que el Consejo sueco lo rechazara. Después llegaron propuestas del emperador Fernando III para su hijo, el futuro y malogrado Fernando IV de Hungría, del rey de Portugal, del de Polonia e, incluso, de Felipe IV y de su bastardo Don Juan José de Austria, pero en todos estos casos el desinterés de Cristina, con pretextos religiosos, no dio lugar a que ni siquiera se formalizaran las conversaciones. Más adelante, llegaron los tratos para promover su enlace con su primo y compañero de juegos Gustavo Adolfo, pero se negó con igual convicción, asegurando que no deseaba casarse con nadie y que la cuestión sucesoria quedaba zanjada al reconocerle como heredero.

Retrato de Cristina de Suecia hacia 1634-1638, atribuido a Jacob Heinrich Elbfas. Había sido declarada **reina electa a la muerte de su padre**, en 1632, cuando contaba seis años.

La decisión de no contraer matrimonio tuvo, sin duda, gran trascendencia política y dio lugar entonces y, sobre todo, después, a muchas interpretaciones que ponían en duda su sexualidad. Sin embargo, resulta razonable que, mujer acostumbrada a ser independiente y a mandar desde niña, no quisiera someterse a la autoridad de un marido que, aunque fuese su súbdito, como consorte obtendría una gran preeminencia en el reino. Tampoco quien gozaba de una gran libertad de movimiento debía sentirse atraída por los riesgos evidentes que la maternidad tenía en esa época y, mucho menos, mostrarse dispuesta a tolerar los presumibles excesos de cualquier varón noble de la época. Por todo ello, preservar su soltería parece hoy, desde nuestra perspectiva, más un acto de rebeldía que de incapacidad o impotencia, que concuerda perfectamente con la actitud que, en ese mismo sentido, adoptaron otras mujeres de aquel tiempo, manteniéndose firmes en la virginidad o en la viudez, o ingresando en un claustro. Como ella misma reconoció ante el Parlamento en 1649, el matrimonio llevaba consigo dependencias que le resultaban intolerables y que no estaba dispuesta a aceptar.

## Romances de salón

Pese a las habladurías que esta decisión supuso, se le atribuyeron relaciones con algunos hombres, como el conde Magnus Gabriel de La Gardie, que casó con María Eufrosina, o unos años más tarde, en 1652, con el embajador español Antonio Pimentel del Prado, con el que gustaba conversar de pintura y literatura. Todo indica que las sospechas de algunas chancillerías sobre su influencia, tuvieron, sin duda, más trasfondo político que amoroso, pero su supuesto romance dio mucho que hablar. Durante su retiro en Roma, su amistad con el cardenal Azzolino, tal y como atestigua la correspondencia conservada, refleja la existencia de una cierta intimidad de carácter platónico, no exenta de reproches y promesas.

Paradójicamente, a una mujer a la que se atribuían estas relaciones, se le achacaron también inclinaciones lésbicas hacia algunas damas de su entorno. La que más difundida fue la que mantuvo con la condesa Ebba Sparre, una joven de gran belleza llegada a la Corte en 1645, que sería su camarera preferida. Casada en 1653 con un hermano de La Gardie, la correspondencia epistolar entre ambas se mantuvo hasta su muerte, ocurrida en 1662. No es fácil establecer el fundamento de las murmuraciones cortesanas y al equívoco contribuyen ciertas expresiones de sus cartas que revelan, al menos, una pasión semiliteraria que hay que entender dentro del contexto de una época en la que las expresiones de entusiasmo por el propio sexo no siempre contienen un significado erótico explícito. También se le atribuyeron otras muchas aventuras del mismo carácter, con muchachas de distinta condición, e incluso en el siglo XVIII circularon unas *Lettres secrètes*... de carácter apócrifo, pero como todo lo que se refiere a la vida íntima de grandes personajes las fuentes son esquivas y el psicoanálisis retrospectivo, cuando menos, resulta dudoso. En su caso, cualquiera que fuera la inclinación efectiva de la reina, hay que tener en cuenta que los contemporáneos y los escritores posteriores nunca estuvieron dispuestos a aceptar que una mujer pudiera poseer por sí misma la fuerza de carácter e independencia que Cristina demostraba.

Como los otros gobernantes de su épo-

ca, supo imponer su autoridad. Mantuvo a Oxenstierna, pero sin darle prerrogativas, sometió a la nobleza y supo ganarse el respaldo de los estados no privilegiados. También logró que se aceptaran sus planes sucesorios, cortando de raíz cualquier pretensión dinástica de sus otros parientes Vasa. El apogeo de su poder llegó con su coronación, en octubre de 1650. Tuvo lugar en Estocolmo, y no en Upsala, donde era la tradición, en medio de una fastuosa celebración que duró varios días. Tenía 24 años y su fama y su efigie, caracterizada como Minerva, según el célebre grabado de Jeremías Falck, circulaba ya por toda Europa.

Pero más que por su gestión política, el reinado de Cristina estuvo marcado por sus preocupaciones religiosas y sus afanes eruditos. En realidad, sus dudas sobre la fe luterana habían comenzado muy pronto y también su interés por el catolicismo, prohibido oficialmente en Suecia desde 1597. Su deseo era conseguir la reconciliación de la Cristiandad y terminar con la intolerancia que separaba a unas confesiones de otras, propugnando una estructura unitaria que le acercaba al modelo de Roma. También le agradaba el celibato que debían mantener sus clérigos y la riqueza, tan barroca, de su ceremonial.

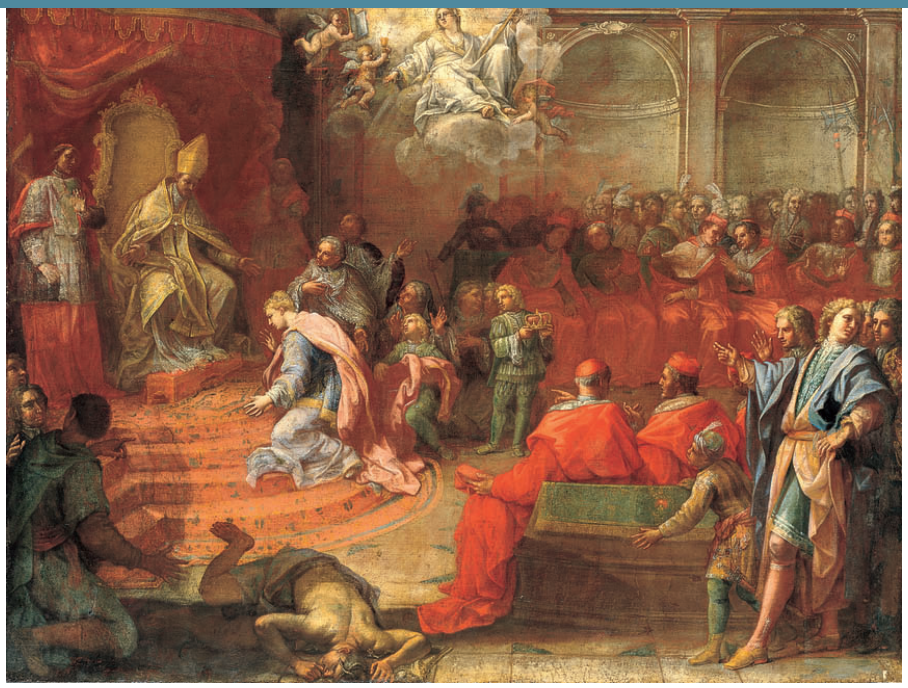
## Descartes, profesor particular

En esta paulatina inclinación tuvieron mucho que ver sus buenas relaciones con el embajador francés Chanut, con el que discutía frecuentemente de todo tipo de temas. Gracias a su mediación consiguió que, en 1649, se trasladara a Suecia Descartes, con quien mantenía correspondencia, y que jugó un papel decisivo en la evolución de su ideología y en su posterior conversión. Sus ideas sobre el libre albedrío, el conocimiento y la virtud convencieron plenamente a la soberana; por su parte, el filósofo, encontraba demasiado dispersa a su discípula y no logró aclimatarse a las bajas temperaturas suecas, muriendo de una pulmonía en febrero de 1650.

Bajo el impulso de Cristina, Estocolmo se convirtió en un gran centro de la vida intelectual y artística europea. Humanistas y científicos fueron invitados a instalarse allí, sin reparar en nacionalidades ni confesiones. Entre ellos, gozó de especial consideración el francés Bourdelot, naturalista y agnóstico, que no sólo cuidaba de su salud sino que organizaba fiestas, a las que la reina era muy aficionada. Con otros eruditos con los que no tenía el placer de tratar directamente, mantenía una asidua correspondencia, como fue el caso de Pascal y Gassendi, o se interesaba por su obra. Bajo sus auspicios, la Universidad de Upsala empezó a coordinar las investigaciones de los arqueólogos suecos y a traducir obras científicas en lengua vernácula, asistiendo a algunos de sus debates y tomando parte en sus ceremonias. Gran amante de la lectura, compró excelentes bibliotecas y colecciones de manuscritos y sus agentes recorrían el continente en busca de raras ediciones de clásicos o de antigüedades de todo tipo, proyectando ampliar el propio palacio para darles un acomodo conveniente.

**Descartes da clase a Cristina de Suecia**, en una reconstrucción ideal del siglo XIX. El clima de Estocolmo acabó con la vida del filósofo racionalista francés en 1650, al año de llegar.

El resultado de todo esto fue doble: por un lado, los gastos de la Corte aumentaron sensiblemente y, con ellos, los rumores sobre su comportamiento y su creciente simpatía por el catolicismo; por otro, sus aficiones cada vez se apartaban más de las propias de un gobernante, aunque nunca olvidó sus responsabilidades. Los contactos con los jesuitas, la influencia del embajador español Pimentel y su convencimiento de que si se convertía debía renunciar al trono, fueron madurando la idea de la abdicación, que se hizo efectiva en febrero de 1654. Tenía sólo 28 años y, como había sido consagrada, abandonó el trono pero no el rango de reina. No fue una decisión apresurada ni temperamental, como prueba el que hiciera ya al menos tres años que lo venía anunciando y que



**La reina Cristina se arrodilla ante el papa Alejandro VII**. El pintor, veneciano anónimo, recoge la ceremonia del 23 de diciembre de 1655, un triunfo para la Iglesia de la Contrarreforma.

negociara muy bien las condiciones económicas de su retiro, una sustanciosa pensión, el derecho de soberanía sobre amplios territorios y sus valiosas colecciones.

Pocos días después de la coronación de su sucesor, salió del país a caballo y vestida de hombre. Atravesó Dinamarca, pasó por Hamburgo y Münster y se instaló en Amberes, donde disfrutó plenamente de su ambiente cultural. Desde allí solicitó la intervención de Felipe IV para que el Papa la dejara establecerse en Roma, donde no quedaba sujeta a la autoridad de ningún soberano temporal. En Bruselas, en la Navidad de 1654, se convirtió secretamente al catolicismo y negoció con el Pontífice las condiciones de su admisión en la Ciudad Eterna. Éstas suponían una abjuración pública de su antigua fe y el reconocimiento explícito de los acuerdos de Trento, todo lo cual tuvo lugar con gran pompa en la ciudad de Innsbruck, desde donde prosiguió a Roma, donde entró el 20 de diciembre de 1655. Al día siguiente de ser recibida por Alejandro VII, visitó la famosa Biblioteca, que le llenó de admiración.

## Entre iglesias y academias

Si bien los tesoros artísticos romanos y las grandes figuras que conoció colmaron todas sus expectativas, su estancia romana no dejó de suscitar tensiones. Alojada en el Palacio Farnesio, su vida se repartía entre actividades religiosas, políticas y sociales. Visitaba iglesias y organizaba academias; recibía al cuerpo diplomático y a las grandes familias romanas; seguía los acontecimientos europeos y tomaba partido en ellos, haciendo oscilar sus antiguas simpatías hacia España del lado de Francia. También se indignaba con las murmuraciones que circulaban sobre su persona, pero sin disminuir por eso sus extravagancias ni su desenvoltura. Sus relaciones con el Pontífice, cordiales al principio, se fueron enfriando. Ambos se respetaban, pero al Papa le intranquilizaba la independencia de su carácter y la inflexibilidad de su juicio, que no disimulaba la desaprobación que le inspiraban algunas practicas religiosas, como el excesivo culto a las reliquias. También entonces trabó conocimiento con el cardenal Decio Azzolino, que sería su relación más constante a partir de entonces. Los gastos que le ocasionaba su estancia y la tardanza con que llegaban sus rentas le obligaron a desprenderse de parte de sus joyas y de su séquito y le hicieron pensar en volver a su país, con el pretexto de la peste que asolaba la península italiana, pero antes decidió pasar por Francia, donde se quedó, siendo aclamada en París en medio de una gran expectación. Recibida por Luis XIV y la reina Ana, asombró a los cortesanos, unas veces por sus modales y otras por su ingenio. Ella, por su parte, se llevó una idea bastante exacta del gobierno y de los principales personajes de aquella Monarquía. Admiró a Mazarino, con quien habló de política, y su juicio sobre el joven rey fue muy positivo. El cardenal quería atraerse a Cristina en su lucha contra los españoles, ya que mantenía con ellos una larga y enconada contienda, y la reina, por su parte, buscaba el apoyo de Francia para encabezar una expedición contra Nápoles que le diera aquel territorio. Descubierto el proyecto, no dudó en hacer ejecutar al traidor en su propia residencia, alegando que como reina tenía el derecho de administrar justicia en su propia corte.

Después de una corta estancia en Pésaro, volvió a Francia, que abandonó definitivamente en marzo de 1658, rumbo a Roma, donde se alojó primero en el Palacio Mazarino y luego en el Riario, en el Trastévere. Su situación no era cómoda: enemistada con el Papa y los españoles por el proyecto napolitano, los franceses tampoco le perdonaban el haberse tomado la justicia por su mano, en detrimento de su monarca. Para colmo, sus problemas económicos se agravaron, debido ahora a la guerra entre Suecia y Polonia. Gracias al apoyo de Azzolino, que se hizo cargo de sus finanzas, obtuvo una renta anual del Papa que le permitió mantener su ritmo de vida. Atenta siempre a la situación política planeó, incluso, convertirse en soberana de la Pomerania, en detrimento de su propio país y con el apoyo de Leopoldo I de Austria, pero la muerte de su primo Carlos Gustavo X, en febrero de 1660, que dejaba un hijo menor de edad, le hizo pensar en volver a Suecia para hacer valer sus derechos al trono.

Rechazadas sus pretensiones por el Consejo de Estado, se retiró a Hamburgo, donde estuvo un año, intentando una liga europea que apoyara a Venecia en su lucha contra los turcos y poniendo orden en su situación financiera. También inició conversaciones con distintos soberanos para que los distintos credos cristianos se toleraran mutuamente, pero sin ningún éxito. En la ciudad hanseática estuvo en contacto con la comunidad sefardita allí establecida, iniciando a partir de entonces acciones a favor de que los

**Instalada en Roma, al Papa le inquietaba su independencia y su rechazo a prácticas como el excesivo culto a las reliquias**

judíos fueran admitidos en Inglaterra y en otras comunidades de las que habían sido expulsados.

Finalmente, en junio de 1662, volvió a Roma, donde se le dispensó otra entrada triunfal. Las tensiones que en ese momento vivían la Santa Sede y Francia, agravadas por una serie de incidentes diplomáticos muy de la época, le hicieron mediar en las mismas, con lo que se ganó los reproches de Luis XIV que, sin embargo, siempre consideró oportuno tener una aliada junto al Papa. Ella, por su parte, siempre recurrió al poderoso monarca cada vez sus posesiones en Alemania se encontraban amenazadas por los virajes de la política exterior sueca o por el inestable equilibrio báltico. Fue una nueva crisis en este ámbito, unida a sus constantes dificultades económicas, lo que le obligó a emprender un nuevo viaje a su país, pasando otra larga temporada en Hamburgo, en la que el único lazo que la mantenía unida a la Ciudad Eterna era su correspondencia con Azzolino, en la que expresaba su añoranza por Italia y su persona.

## Recelos en Estocolmo

En abril de 1667, pisó por fin suelo sueco, donde fue recibida con todos los honores, pero con grandes precauciones por parte del gobierno, que le exigió abstenerse de asistir a cultos católicos en la embajada de Francia. Sus propósitos de volver al trono no encontraron apoyos, por lo que abandonó definitivamente su país, en junio de 1667. En Hamburgo se enteró del fallecimiento del papa Alejandro VII y de la elección de Clemente IX, que había nombrado a Decio Azzolino como su secretario de Estado. También de que había quedado vacante el trono de Polonia por la muerte de Juan Casimiro II, el último rey de los Vasa, por lo que forjó el plan de reclamar para sí aquella corona, admitiendo en ese caso la posibilidad de contraer matrimonio, pero los polacos rechazaron sus pretensiones y eligieron otro pretendiente. Finalmente, en noviembre de 1668 llegó a Roma, siendo recibida con toda solemnidad por el nuevo pontífice e instalándose de nuevo en el palacio Riario. En él organizó su corte y fue acumulando los tesoros artísticos que iba coleccionando. Su magnífica biblioteca, sus pinturas y esculturas y el observatorio astronómico de que disponía eran la admiración de los numerosos visitantes que se acercaban allí para participar en sus reuniones o rendirle testimonio de su cortesía. Compraba mucho, sobre todo obras de temas clásicos y mitológicos; tuvo uno de los primeros gabinetes de monedas y medallas y no dudó en recurrir a procedimientos poco ortodoxos cuando algún objeto de su interés se cruzaba en su camino. Ella misma hizo acuñar monedas con su retrato y algún símbolo o lema en el reverso alusivo a su persona. También patrocinó el teatro y la música, erigiendo un edificio público para estas representaciones en 1671.

**Banquete ofrecido por Clemente IX a Cristina de Suecia,** el 9 de diciembre de 1668. La reina seguía con pasión la política vaticana y, a veces, tuvo fricciones con la Santa Sede.

## CONTEMPORÁNEOS

### Luis XIV

**Saint-Germain, 1638-Versalles, 1715**

En sus 54 años de reinado, Luis XIV impuso un concepto político que no diferenciaba rey de nación, y se resume en la frase: "El Estado soy yo". Cristina le visitó durante una epidemia de peste en Roma y trató de lograr su apoyo para arrebatar por las armas Nápoles a España. Las tensiones de Luis XIV con la Santa Sede afectaron también a sus relaciones con Cristina, más cercana al Papa.

### Felipe IV

**Valladolid, 1605-Madrid, 1665**

El monarca español medió ante la Santa Sede para que el Papa dejara establecerse a Cristina en Roma tras su abdicación del trono de Suecia. Sin embargo, las simpatías proespañolas de Cristina pronto se disiparon y ésta se alió con su rival, Luis XIV. Cristina quería que las armas francesas conquistaran Nápoles, quitándoselo a Felipe IV, para poder disfrutar de un nuevo reino.

### Carlos X

**Nyköping,1622-Gotemburgo, 1660**

Subió al trono sueco tras la abdicación de su prima Cristina. Al año siguiente, invadió y conquistó Polonia, por lo que Dinamarca le declaró la guerra en 1656. Volcó sus esfuerzos en esta nueva campaña, logrando algunas victorias iniciales. En su segunda invasión, tropezó con la resistencia de Copenhague, que se salvó gracias a la intervención neerlandesa. Murió poco después.

### Clemente IX

**Pistoia, 1600-Roma, 1669**

Secretario de Estado de Alejandro VII, el papa que acogió a Cristina en Roma, le sucedió en 1667. Se esforzó por apaciguar la querella jansenista, promulgando la paz "clementina" en 1668. Ese mismo año, recibió a Cristina con toda la pompa. Su secretario de Estado, Decio Azzolino, era el principal apoyo de la reina en la Ciudad Eterna.

Admiraba a Bernini, a quien solía visitar en su taller y cuya biografía ordenó publicar a su muerte, en 1682; promocionó a músicos como Corelli, Pasquín y el joven Scarlatti, a quien contrató como maestro de capilla, y fundó una Academia de Artes y Ciencias, cuyos estatutos elaboró ella misma. Pero todas estas actividades nunca le hicieron olvidar su pasión por la política, ya fuera pontificia, siguiendo con verdadera pasión la elección de Clemente X, gracias a la información privilegiada que le proporcionaba el cardenal Azzolino, y después la de Inocencio XI, o francesa, como los conflictos de Luis XIV con Roma por el tema de las regalías. Crítica respecto a la política expansiva de este último, especialmente por su alianza con los turcos, esta aptitud se agudizó con motivo de la revocación del Edicto de Nantes en 1685, que contradecía abiertamente su postura favorable a la conciliación entre católicos y protestantes. En sentido contrario, todavía poco antes de su muerte abogó ante Guillermo III de Orange a favor de la minoría católica.

## Aproximación a la mística

Los últimos años de su vida reflejan un interesante proceso hacia una religiosidad intimista, muy en la línea del quietismo francés y de los místicos españoles, con uno de los cuales, Miguel de Molinos, mantuvo relación epistolar, pero rechazando cualquier exceso. En esta como en otras cuestiones doctrinales fue fiel a la ortodoxia de la iglesia a la que se había convertido, aunque ello no impidió que hasta el final fuera crítica con sus representantes y mantuviera frecuentes conflictos con el Papa por cuestiones jurisdiccionales, ya que se resistió a perder el privilegio de extraterritorialidad del que disfrutaba. También seguía participando apasionadamente en las disputas hispanofrancesas del momento, oscilando con frecuencia de un lado a otro e intentando mediar por la paz de una Europa, cada vez más amenazada por las pretensiones del Rey Sol.

**Imagen para la Historia.** Retrato anónimo del siglo XVIII, de rígido estilo gustaviano, en el que Cristina aparece con los atributos reales.

Aunque se calificara algunas veces de "tranquila espectadora" del teatro del mundo, nunca lo fue realmente, sino que se siguió interesando por manifestaciones intelectuales o políticas hasta el final de su vida. Murió el 19 de abril de 1689, después de una enfermedad relativamente breve, a los sesenta y dos años, aunque según los rumores lo hizo como consecuencia de un ataque de cólera provocado por un incidente doméstico. Fue enterrada en la Iglesia de San Pedro y, aunque ella había pedido que sus funerales fueran sencillos, se celebraron con toda la pompa y el fasto de las ceremonias barrocas. Sobre su tumba, Clemente XI encargó a Carlo Fontana un imponente mausoleo. Unos meses más tarde falleció también en Roma su amigo, testamentario y heredero el cardenal Azzolino, a quien había encargado que revisara y destruyera su correspondencia. Gracias a ello se conservó una parte importante de la misma, así como las memorias, máximas y aforismos que escribió la reina, que se encuentran en la Biblioteca Real de Estocolmo y en la de la Universidad de Montpellier. Aunque una selección de sus obras se publicó a mediados del siglo XVIII, no ha sido hasta el siglo XX cuando han tenido ediciones críticas. A pesar de estos testimonios directos, la interpretación de su personalidad siempre resultó polémica y los distintos episodios de su vida, objeto de controversia.

## Autopsias morbosas

El rechazo a su feminidad que muchos destacan, y que hizo que después de muerta se le practicaran varias autopsias que negaron su supuesto carácter híbrido, tiene también una explicación más en términos culturales que fisiológicos, ya que por formación y elección le gustó siempre desafiar las convenciones de su tiempo. Se dijo que siempre consideró una desgracia su condición de mujer y que sintió escasa estima por las de su propio sexo, pero en lo primero probablemente lo hubo fue rechazo a sus condicionamientos y, respecto a lo segundo, se trata de una verdad a medias, porque siempre que tuvo ocasión mantuvo relación con aquellas mujeres de su tiempo que supieron distinguirse por su personalidad y sus conocimientos, como la erudita Anna María Schurmann, Mademoiselle de Montpensier o Madeleine de Scudéry, la escritora amiga de Madame de Sevigné, con quien se siguió escribiendo hasta el final de su vida.

También despertó su curiosidad Ninon de Lenclos, la célebre cortesana parisina, tan famosa por su vida desenfadada como por su cultura. Respecto a sus supuestos amores, desde los juveniles a Pimentel o el cardenal Azzolino, toda parece indicar que fueron más platónicos que carnales, y lo mismo ocurre con las jóvenes con las que se la relacionó. Aunque no lo fueran, desde luego no fue una "libertina" en el sentido de la centuria siguiente, ni mucho menos una mujer enamoradiza y pueril. Fue más bien una librepensadora, en el sentido del siglo XVII, voluntariosa pero sincera, poco convencional pero muy lúcida respecto a sus propias contradicciones y las de su tiempo. No fue hermosa, de acuerdo con los criterios de la época, pero sus retratos, especialmente los de Bourdon, reflejan bien un rostro con personalidad y una mirada inteligente y directa. ■

**SUS AMORES FUERON MÁS PLATÓNICOS QUE CARNALES. NO FUE UNA LIBERTINA DEL SIGLO XVIII, SINO UNA LIBREPENSADORA DEL XVII**

## Una coleccionista afincada en Roma

# MECENAS

Venus y Adonis, de Veronese, es uno de los cuadros que Cristina llevó consigo a Roma, donde las obras de este artista decoraban su sala de audiencias (Estocolmo, Nationalmuseum).

Sólo en la Ciudad Eterna se podían hallar las antigüedades que buscaba con afán Cristina de Suecia y allí se afincó. Su colección de escultura fue adquirida en secreto por Felipe V e Isabel de Farnesio y se encuentra hoy en el Museo del Prado, tras muchos avatares que recuerda **José María Luzón**

Cuando Cristina de Suecia comienza su largo recorrido por varias ciudades europeas tras la abdicación en 1654, es bien recibida en los Países Bajos, que pertenecían a la Corona de España. En sus primeros años de corte itinerante, comienza la adquisición de la que va a ser en pocos años una de las grandes colecciones reales de Europa en el siglo XVII. A su gran formación se unían numerosos contactos con los marchantes más activos de su época y un evidente deseo de complacerla, en aquellos círculos que habían acogido con entusiasmo la conversión de la hija de Gustavo Adolfo II a la fe católica.

Es cierto que algunas de las pinturas, libros y objetos menores de su colección los lleva consigo desde Suecia y, en algunos casos, se trata de obras que procedían de las conquistas de su padre, entre los que se encontraban piezas de la colección de Maximiliano I. Pero muy pronto empieza a comprar en Bruselas y Amberes todo aquello que debía tener una reina de su prestigio intelectual, como son una espléndida biblioteca que hoy se conserva en el Vaticano, los tapices, monedas y camafeos adquiridos tras su muerte por el rey de Francia y una soberbia colección de pinturas, en la que figuraban obras de Tiziano, Tintoretto, Rafael de Urbino, Veronés, Guido Reni, Caravaggio, Ribera y tantos grandes maestros. De esta colección proceden los cuadros de *Adán* y *Eva* de Durero que en los momentos inmediatamente posteriores a su abdicación regala al rey de España Felipe IV, de quien posiblemente esperaba ayuda para ser instaurada en algún reino. Ésa al menos fue una frustración que tuvo a lo largo de su vida, llegando luego a concebir la idea de arrebatarle el reino de Nápoles con una ayuda de Francia que nunca llegó a tener.

## Mercado para privilegiados

Pero el coleccionismo de Cristina de Suecia tiene una faceta que solamente podía satisfacer plenamente en Italia. Se trata de la formación de una colección de esculturas, que únicamente se encontraban en el mercado romano y que estaba reservada a ciertas familias italianas.

De la colección de obras de arte y antigüedades que logró reunir la reina Cristina de Suecia durante sus años de residencia en Roma, una parte verdaderamente apreciada por ella y por sus herederos fue la galería de esculturas. Estaba compuesta por más de un centenar de obras, entre las que figuraban algunas de gran valor, restauradas por conocidos escultores romanos, que habían decorado el Palacio Riario en la via della Lungara y, a la muerte de la reina, el Palacio Chigi. La adquisición de todas ellas en 1724 para decorar el Palacio de la Granja, que estaban construyendo en San Ildefonso los reyes de España, fue una de las mayores transacciones artísticas de la época, acompañada de una intensa actividad diplomática. La abundante documentación conservada en diversos archivos, pero particularmente en los de Simancas y la embajada española ante la Santa Sede, permiten desvelar el papel muy directo que tuvo en esta compra Isabel de Farnesio, la segunda esposa de Felipe V. Su formación italiana y su educación artística fueron determinantes para tomar una decisión que hoy sabemos que se debió de manera muy directa a ella.

**Adán**, de Durero, fue un regalo de Cristina de Suecia a Felipe IV, en 1656, cuando las relaciones entre ambos eran inmejorables.

## La mano española en Roma

Las primeras sugerencias acerca de la posibilidad de comprar esculturas en Roma la vemos reflejada en la correspondencia del pintor Andrea Procaccini con su protector, el embajador Acquaviva, que representaba los intereses españoles en Roma. En ella, le menciona la conveniencia de adquirir esculturas para el nuevo palacio que los reyes están construyendo en San Ildefonso. Se trataba inicialmente de una idea poco definida, que aparece en cartas en las que Procaccini va dando cuenta del progreso de las obras. En una de ellas comenta cómo la reina le ha encargado hacer el proyecto de dos estancias decoradas con bellísimos vasos y charoles y, con esa ocasión, ha tenido oportunidad de mencionarle la posibilidad de comprar algunas esculturas antiguas en Roma, de las cuales le había hablado el propio cardenal Acquaviva. En estas cartas, subraya Procaccini que en España no existen colecciones de escultura y serían los reyes los únicos en poseerlas.

La idea inicial de comprar esculturas en Italia, para decorar alguna estancia del Palacio de San Ildefonso, se expresa en la correspondencia mencionada de manera un tanto peculiar. La reina quiere que sean varias parejas y que no midan más de cinco palmos cada una. Las femeninas no deben estar desnudas, aunque en tal caso Procaccini se ofrece a colocarles hábilmente unos paños de bronce que las cubran, sin hacerles taladros que dañen la piedra. Durante estos primeros contactos con el mercado romano a través del cardenal Acquaviva, los reyes dan instrucciones de que asesore en las posibles compras el escultor Camillo Rusconi, lo que le hizo jugar un cierto papel, que más tarde fue reflejado por Antonio Ponz en su *Viaje de España* y llevó a la creencia de que había sido él

**José María Luzón Nogué** es catedrático de Arqueología, U. C. M.

Miniatura de Cristina de Suecia, por Pierre Signac, hacia 1646, un retrato de sus **años de juventud** (Estocolmo, Nationalmuseum).

la persona a quien se debe la totalidad de la compra de las esculturas que finalmente vinieron a La Granja. Se habla de un *Meleagro* de Pecchini, que estaba en venta en la Piazza Farnese, de las que tenía el cardenal Albani y de la posibilidad de adquirir alguna de las que poseía el duque de Bracciano, procedentes de la colección de la reina Cristina de Suecia. Podría también explorarse la posibilidad de traer obras de escultores modernos, entre los que se mencionan los nombres de Bernini, Algardi, el Flamenco y Miguel Angel. Es decir, se trataba de seleccionar diez obras antiguas o modernas, siempre de la mejor calidad porque, como dice Procaccini, los reyes saben apreciarlas ellos mismos sin necesidad de que se les asesore.

## Los herederos de Azzolino

En 1723, apenas unos días después de haber pedido información sobre el mercado, los reyes reciben de su embajador en Roma una lista detallada de la colección del duque de Bracciano, heredero del príncipe Livio Odescalchi, quien a su vez había recibido de su tío el cardenal Azzolino toda la colección que le había dejado en herencia la reina de Suecia. Las esculturas eran sobradamente conocidas en Roma y posiblemente también la posibilidad de adquirirlas, puesto que pocos años antes había estado en negociaciones con su propietario el embajador de Francia, pero hubo de desistir de su intento de llevarlas a Versalles para Luis XIV, porque no consiguió el permiso para sacarlas de los Estados Pontificios. Estos antecedentes preocupaban en España y dieron lugar a que, paralelamente a la negociación con el propietario, se desplegase una intensa actividad diplomática. De una parte, debía ocultarse que los compradores eran los reyes de España, para que no se elevase excesivamente el precio. Por otro lado, era fundamental tener la garantía de que las esculturas se podrían traer al palacio que estaban construyendo en San Ildefonso. Lo uno y lo otro queda ampliamente documentado en multitud de cartas e instrucciones, durante los meses que prosiguen a estos primeros contactos.

En un momento determinado de las negociaciones con el duque de Bracciano, a quien se iban inicialmente a comprar algunas esculturas, el proceso toma un nuevo rumbo. Procaccini escribe una carta urgente al cardenal Acquaviva, fechada el 1 de enero de 1724, y en ella explica la forma en que la propia Isabel de Farnesio toma personalmente la decisión de adquirir la lista completa que se la he enviado. Habían estado tratando el tema durante el día y habían hecho una selección de lo que les interesaba, pero siendo ya las nueve de la noche la reina manda llamar a Procaccini a quien en presencia del rey y del secretario de estado, duque de Grimaldi, le ordena que escriba urgentemente a Roma, dando instrucciones de que se compren todas, asegurándole al duque de Bracciano de que tendrá puntualmente el dinero que pide bajo su palabra. La premura con que se hizo impidió enviar unos dibujos que se habían solicitado, por lo que se produce una curiosa confusión al rechazar Isabel de Farnesio un retrato de la reina Cristina de Suecia, que figuraba en la lista y una estatua grande de "un Pontífice", que no era otra que la escultura muy restaurada de Augusto, sacrificando con la cabeza cubierta, en tamaño algo mayor del natural. Pese a todo, también estas obras vinieron con las restantes.

El montaje barroco que habían tenido las esculturas de Cristina de Suecia en los palacios romanos iba acompañado de columnas de mármoles diversos, que también interesaron a Procaccini. Se mencionan hasta 80 columnas de *porfido, giallo antico, alabastro orientale, nero antico, paragone* y otras piedras, que también la reina selecciona cuidadosamente.

Pese a la determinación y la urgencia expresada por los reyes de España, las negociaciones se extendieron varios meses, hasta el punto de llegar a desazonar al cardenal Acquaviva, sobre todo al tra-

**Eva**, de Durero, y dos retratos de la propia Cristina de Suecia, llegaron a España junto con **Adán** (Madrid, Museo del Prado).

**Cistina de Suecia compró en Bruselas y Amberes tapices, monedas, camafeos, pinturas y una espléndida biblioteca**

**Cástor y Pólux**, el grupo escultórico de la Colección de Cristina de Suecia, en un dibujo de Poussin (Musée Condé de Chantilly).

## La reina convertida en ninfa

En un inventario de los bienes de Cristina de Suecia en Roma, se menciona la restauración de un fragmento de estatua romana de una ninfa por Giulio Cartari, uno de los alumnos aventajados de Bernini. La figura yacente representa ahora a la ninfa Clitia que, enamorada del Sol y celosa de los amores de éste hacia Leucotoe, es castigada por el dios a convertirse en un girasol, momento reflejado por la estatua en las raíces que van surgiendo de manos y pies. Esta escultura estuvo colocada en el centro de una de las salas del Palacio Riario de Roma, mirando hacia el Sol pintado en el techo y sirviendo de trasunto de la conversión de la reina al catolicismo, y cuyas facciones se recogieron en la cabeza de Cartari.

Una vez trasladada la escultura desde La Granja al Museo del Prado, entre 1839 a 1833, allí quedó una copia en yeso, realizada por José Pagniucci. El original fue desmontado por Valeriano Salvatierra, quien no supo valorar la reconstrucción barroca y los añadidos se dispersaron por patios y almacenes del Museo. En 1995-96, el entonces director del mismo, José María Luzón, emprendió la recuperación de los fragmentos dispersos y su restauración, realizada por Elisa Díez en 1996-97. El vaciado de La Granja ha permitido comprobar la veracidad de la citada reconstrucción y ayudará a buscar los fragmentos que aún faltan por localizar, facilitando la reintegración completa de esta obra tan interesante.

Jacobo Storch de Gracia

tar el precio. Escribe en una ocasión que ha encontrado en el caballero Odescalchi una dureza invencible y se mantiene en su pretensión de no venderlas por menos de 63.000 escudos. La cifra debía ser exorbitante y solamente al alcance de un rey, como dice a menudo en su correspondencia, pero por otro lado insiste en que un conjunto semejante no lo hay en el mundo, "ni se puede encontrar, si no se hallan bajo la tierra, porque siendo cosas antiguas es imposible poderlas hacer". Tras varios meses de negociación, escribe Acquaviva al marqués de Grimaldi: "la obstinación del duque de Bracciano es tan grande, que merece se le haga conocer, que fuera de nuestros reyes, que compran nuestras estatuas, y columnas, no hay en el mundo otra persona capaz de comprarlas". Finalmente, el 2 de septiembre de 1724, se comunica que el precio está casi cerrado en 50.000 escudos romanos. Unos días más tarde, el 16 de septiembre, el embajador español escribe satisfecho al Secretario de Estado: "Señor mío, las estatuas y columnas que Vd. sabe ya son del rey". Se había comprado la mejor colección posible, solamente por la fama que la precedía, sin tener acceso a dibujos y guiados únicamente por unas escuetas listas que se conservan en los archivos españoles. El contrato jurídico con todas las cláusulas de compraventa y la forma de pago, aparece firmado por el escultor Camillo Rusconi, la persona a la que el cardenal Acquaviva había recurrido como intermediario, para tratar de ocultar que los compradores eran los reyes de España.

### Secreto a voces

A pesar de las cautelas que se pretendía tener, la operación de la compra de esta excepcional colección debió ser en Roma un secreto a voces. La salida de la ciudad de ciertas esculturas se consideraba una pérdida cultural irreparable, que dio lugar a un manifiesto malestar en los medios intelectuales. Es en este punto donde la gestión personal del cardenal Acquaviva y Aragón, en una entrevista personal con el Papa, obtuvo el permiso de extracción que tanto preocupaba a los reyes. La nota de solicitud

que llevaba en esta audiencia se conserva entre los documentos de la embajada de España en la Santa Sede, con la autorización manuscrita de Benedicto XIII: *fiat ut petitur*. El embajador español comenta en una de sus cartas el éxito diplomático de esta gestión, añadiendo que "no deja de ser desconsuelo de muchos de este País, apasionados a las antigüedades, el verlas salir de Roma, bramando de quien nos ha concedido la extracción".

Desde septiembre de 1724 hasta junio del año siguiente, se procede al embalaje y envío de la colección en distintas remesas, así como al pago fraccionado de la cantidad establecida. Lo primero que se envían son dieciocho cajones con columnas y las últimas obras en llegar son las que se consideraban joyas de la colección, que no eran otras que el grupo llamado de *Cástor y Pólux* y el *Fauno del Cabrito*. Durante este tiempo hubo también que salvar ciertas dificultades y la principal de ellas, la muerte en enero de 1725 del cardenal Acquaviva y los problemas derivados del reconocimiento de su sobrino y sucesor, el duque de Atri, en el Banco del Santo Spirito, donde habían gestionado las letras de cambio para el pago al duque de Bracciano.

## Roma-Alicante-La Granja

Solventado éste y otros problemas relacionados con el transporte, la colección fue embarcada de Roma a Genova, de allí hasta Alicante y, finalmente, a La Granja, donde fueron depositadas casi veinte años en varios lugares, antes de su instalación definitiva en dos galerías del cuarto bajo del Palacio. El embalaje en Roma y la relación de las estancias que ocupaban corre a cargo de Camillo Rusconi, mientras que la recepción en San Ildefonso corresponde a Camillo Paderni. Los documentos de este traslado son de un interés particular, tanto para conocer la forma en que estuvieron colocadas en el palacio de procedencia, como para tener noticias de algunos detalles referentes al estado de conservación en que llegaron y las primeras medidas adoptadas en España. Durante los primeros años, algunas de las estatuas fueron restauradas por el florentino Gaspare Pietri.

Seguramente, el excesivo tiempo transcurrido desde la compra hasta su colocación sirvió de estímulo para la construcción de una edificio especialmente destinado a guardar éstas y otras piezas de interés, en la que se denominó Casa de Alhajas, construida en 1737 con planos del arquitecto Filippo Juvara. En 1745, sabemos que se está procediendo a la decoración de estucos de las nuevas salas y al embellecimiento con mármoles, lo que nos permite afirmar que la colocación de estatuas, de la que nos ha llegado una relación detallada fechada al año siguiente, se hace inmediatamente después. Es, por tanto, la primera vez que se ponen de manera estable unas estatuas que los reyes, y sobre todo Isabel de Farnesio, habían comenzado a adquirir con verdadera impaciencia hacía ya veinte años.

**Isabel de Farnesio y Carlos III**, por Miguel Jacinto Meléndez. La segunda esposa de Felipe V luchó con pasión para comprar las esculturas de Cristina de Suecia (Córdoba, Palacio de Viana).

La forma en que estuvieron colocadas las esculturas en los salones del Palacio Riario en la via della Lungara, habitado algunos años por la reina Cristina, nos ha llegado a través de descripciones de viajeros y, en algún caso, incluso de dibujos, como los que se conservan en el Museo Nacional de Estocolmo, con la distribución precisa de las *Musas* en una sala presidida por la figura de *Apolo*. En una de las estancias de ingreso figuraba la *Ariadna yacente*, que identificaban con Cleopatra, similar a otras que había en Roma y, entre ellas, la de Belvedere en el Vaticano. En algunos casos las esculturas antiguas habían pasado por las manos de escultores del círculo de Bernini, como su discípulo Giulio Cartari, a quien se atribuyen algunas de las restauraciones, que en ocasiones llevan implícitas alusiones a la misma Cristina. La más llamativa es la figura yacente de una

**Colocación de las estatuas de Cristina de Suecia en La Granja**, en una fotografía anterior a 1931, una disposición que respetaba la ubicación inicial de las piezas a su llegada.

ninfa semidesnuda a la que se añade el torso y un retrato de la reina transformándola en Clitia. Decoraba esta obra el centro de un salón, en el que el techo estaba adornado con la figura de Helios, del que la ninfa queda enamorada al tiempo que es convertida en heliotropo. El inconfundible retrato de la reina sueca invita a pensar en el mensaje con el que se quiere expresar la propia conversión al catolicismo de Cristina de Suecia y la forma en que es iluminada. Del mismo modo, otras esculturas se agrupaban en sendas salas dedicadas a Grecia y a la belleza o a la grandeza de Roma. De entre las primeras, destacan dos de las estatuas más apreciadas en el siglo XVIII. La primera de ellas es el mencionado grupo de Cástor y Pólux, que desde su incorporación a las colecciones reales españolas se viene denominando *Grupo de San Ildefonso*. Ésta era la que figuraba en los inventarios con la tasación más elevada, que ascendía a 4.000 escudos. Había pertenecido a la Colección Ludovisi y figuraba entre las mejores esculturas de Roma recogidas en grabados de Perrier. La segunda es el elogiadísimo *Fauno del Cabrito*, tasado en 1.800 escudos, que había sido hallado en lo que parece el taller de un escultor, al hacer las obras de la Chiesa Nuova. Para muchos era un original griego, e incluso hubo quien pretendió verle indicios de una firma debajo de la axila. *Las Musas* procedentes de la Villa Adrianea, la *Venus agachada*, que había pertenecido al Cardenal Dezio Azzolino, el retrato de Alejandro, el *Sátiro en reposo*, el *Diadúmeno*, la *Venus del Pomo*, numerosos retratos y estatuas diversas de mármol y una cabeza de bronce completaban en Roma una galería que podía rivalizar con las de las grandes familias aristocráticas locales.

En Roma, la colección de la reina Cristina se mantuvo completa mientras estuvo en manos de su heredero testamentario, el cardenal Dezio Azzolino, de quién pasó a un sobrino y protegido suyo, el príncipe Livio Odescalchi, que las lleva al Palazzo Chigi. En este primer traslado se intenta mantener el espíritu barroco, lleno de sugerencias de conexión con el pasado clásico, que mantenían personas que habían frecuentado el círculo literario, formado durante algunos años en torno a la reina Cristina. Pero la instalación en La Granja se hace con otro criterio. En parte porque se suman a esta colección las adquiridas en 1728 a la duquesa de Alba, que habían pertenecido también en Italia a don Gaspar de Haro y Guzmán, marqués del Carpio. La descripción, que conocemos por los inventarios reales y por los comentarios de Ponz, deja ver que en las galerías de San Ildefonso se hace una distribución con sentido decorativo, en la que desaparecen aquellas alusiones que habían tenido en cuenta los propios restauradores en el siglo XVII.

## El cuaderno de Ajello

En una fecha muy cercana a la colocación de las estatuas de Cristina de Suecia en San Ildefonso, elabora una curiosa descripción de cada una de ellas el abad don Eutichio Ajello y Lascari, que había venido en 1743, acompañando a la duquesa de Yachi, esposa de Stefano Reggio e Gravina, embajador de Nápoles en Madrid y persona muy próxima a los reyes de España. El manuscrito, o un resumen de él, dedicado a Isabel de Farnesio, se conserva entre los documentos de la Secretaria de Estado, mientras que una serie de láminas dibujadas a lápiz fueron llevadas, a fines del siglo XIX, al Museo del Prado, donde se guardan actualmente. Durante algunos años, nos consta que algunos viajeros que pasaban por Madrid y se desplazaban a La Granja visitaban y admiraban la colección de esculturas que había pertenecido a Cristina de Suecia. El propio Ajello comenta que "muchos milores ingleses, muchos embajadores y hombres ilustres de Italia, Francia y Alemania vienen continuamente a verlas, atraídos por la fama".

A fines del siglo XVIII, algunas esculturas y columnas fueron llevadas parcialmente a Aranjuez y, a partir de 1828, pasan al Museo del Prado, que habría de convertirse en Museo de Pinturas y Esculturas. Desde entonces, la suerte de la colección discurrió por otro camino. En San Ildefonso quedaron solamente los pedestales originales de la que había sido la más completa galería de esculturas antiguas que hubo en España, concebida por Isabel de Farnesio sobre la base de la que había pertenecido en Roma a Cristina de Suecia. ■

"Muchos milores ingleses, embajadores y hombres ilustres de Italia, Francia y Alemania vienen a ver las estatuas"

Cristina, reina de Suecia, en 1650, por David Beck (Estocolmo, Nationalmuseum).

# Todo el poder para el MONARCA

**La Guerra de los Treinta Años, las crisis económicas y las revueltas populares fueron algunos de los factores que marcaron la Europa de Cristina de Suecia. CARLOS GÓMEZ-CENTURIÓN explica los principales rasgos del siglo XVII, que se cerró con el auge indiscutible del absolutismo**

Cuando Cristina de Suecia nació en Estocolmo, el 6 de diciembre de 1626, hacía ya ocho años que había comenzado el conflicto conocido como Guerra de los Treinta Años. Una conflagración que comenzó con una revuelta religioso/política en Bohemia, un asunto interno, por tanto, de los territorios patrimoniales de los Habsburgo dentro del Imperio, pero que se había internacionalizado rápidamente y acabaría afectando a la mayor parte de Europa. A pesar de que algunos han querido ver en ella la primera gran guerra europea, ésta fue antes que nada un conflicto múltiple y, a veces, muy inconexo.

Es cierto que en la guerra se acabó cuestionando definitivamente la pretendida supremacía de la Augusta Casa de Austria –y con ella, la del catolicismo– imperante en el continente, pero la multiplicidad de intereses que se pusieron sobre el tapete era mucho más

**CARLOS GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ** es profesor titular de Historia Moderna de la U.C.M.

La **Batalla de Nordlingen**, en 1634, en la que los españoles estaban mandados por el Cardenal Infante don Fernando, se saldó con la victoria de los católicos.

amplia y compleja. Por una parte, habría que considerar los conflictos religiosos y constitucionales que enfrentaron a los emperadores Habsburgo y a sus súbditos rebeldes desde 1618. Por otra, los esfuerzos de la rama española de la dinastía por proteger sus posesiones en el norte de Italia y el camino español, indispensable para reanudar la lucha contra las Provincias Unidas rebeldes una vez que expiró la Tregua de los Doce Años (1621), y sus denodados esfuerzos por recuperar estos territorios.

## Rivalidades cruzadas

En la medida de sus fuerzas, la dinastía francesa trató de intervenir en ambos conflictos como un episodio más de la pugna permanente que venía librando contra la Casa de Austria desde el siglo anterior. Pero también la guerra supuso múltiples tentativas, por parte de diversos príncipes, de promover o frenar la Contrarreforma católica o extirpar el calvinismo dentro y fuera de los territorios alemanes o proteger el luteranismo frente a ambos. Sin contar con la sempiterna rivalidad que mantenían Dinamarca y Suecia, las disputas entre ésta, Polonia y Moscovia, y la pugna de intereses estratégicos y comerciales sobre el Báltico, en que se vieron envueltos suecos, holandeses e ingleses. Por no mencionar el contexto de las rivalidades oceánicas, centradas en la vulnerabilidad cada vez mayor de las posesiones de la Monarquía Hispánica.

La propia reina de Suecia fue una firme partidaria de la política de compromiso que finalmente condujo a la firma de los tratados de Paz de Westfalia en 1648. En el Imperio, la paz cerró las puertas a cualquier intento de centralización política, creando en cambio una base legal sobre la que establecer un absolutismo principesco, según el cual se revestía a cada príncipe con una soberanía territorial que le permitía incluso desarrollar su propia política exterior. El Emperador se convirtió en la cabeza representativa de una imprecisa confederación, mientras la Asamblea Imperial debía actuar como árbitro de su autoridad. Los calvinistas fueron reconocidos dentro de las fronteras del Imperio –aunque no el resto de las confesiones minoritarias–, menos en las tierras patrimoniales del propio Emperador, que salvaguardaba así sus posesiones de las garantías religiosas de la paz.

En el ámbito internacional, Francia y Suecia consiguieron una sólida posición como garantes de la paz. Las concesiones hechas a Francia sobre las tierras del Emperador en Alsacia y sobre otras posiciones situadas en el Alto Rhin permitieron a la monarquía gala no sólo interferir en el futuro en los asuntos del Imperio, sino además colapsar el camino español hacia los Países Bajos y hacia las tierras de los Habsburgo austriacos. Suecia fue indemnizada con cinco millones de táleros imperiales y su rey convertido en príncipe del Imperio al obtener los obispados secularizados de Bremen y Verden, además del puerto báltico de Wismar y la Pomerania anterior –entre Stralsund y Stettin–, territorio sobre el que se fijarían las rentas de la reina Cristina después de su abdicación.

Además se establecieron otras disposiciones territoriales y legales de suma importancia: la independencia de la Confederación Suiza del Imperio y, sobre todo, la de las Provincias Unidas respecto a la Monarquía Hispánica. Ésta y Francia continuarían once años más en pie de guerra, hasta que en 1659 fuese firmada la Paz de los Pirineos. A su vez, la paz de Oliva (1660) pacificaba las relaciones entre las principales potencias del Norte.

## Estancamiento demográfico

La Europa en que transcurrió la agitada vida de Cristina de Suecia ha sido calificada a menudo por los historiadores como una Europa sumida en una profunda y larga recesión demográfica y económica. Fuese por una profunda crisis de sus estructuras productivas o por numerosas y repetidas crisis de carácter coyuntural –lo que durante varias décadas ha dado lugar a amplios debates historiográficos–, lo que es cierto es que la tendencia económica secular contrasta con las tendencias expansivas de la época del Renacimiento y que el Continente experimentó fuertes trastornos económicos que transformarían su fisonomía, desplazándose definitivamente los centros neurálgicos de su economía desde el Mediterráneo hacia el Atlántico y el Mar del Norte.

**Cristina de Suecia fue una partidaria firme de la política de compromiso que condujo a la Paz de Westfalia, en 1648**

**El Grand Trianon**, en Versalles, por Pierre-Denis Martin. El siglo XVII se cerró con la **hegemonía política y militar francesa** en Europa.

Donde la tendencia al estancamiento es más evidente es en el terreno demográfico. Las penínsulas Italiana e Ibérica perdieron un importante volumen de población durante al menos la primera mitad del siglo, de manera que en 1700 su contingente demográfico era igual o inferior al de cien años antes. La destrucción y las migraciones que produjo la Guerra de los Treinta Años despoblaron dramáticamente algunos territorios del Imperio y mermaron considerablemente sus efectivos. También en Polonia se produjo un descenso demográfico, lo que puede hacerse extensivo a otras partes de la Europa del Este y de los Balcanes, aunque no lo sepamos con certeza.

En cambio Francia, los Países Bajos y las Islas Británicas experimentaron a lo largo de todo el siglo cierto crecimiento, que pudo alcanzar hasta un 20%, aunque en Francia se desarrolló de forma bastante desigual tanto geográfica como cronológicamente. Mucho menor debió ser el aumento demográfico en Escandinavia. De esta forma, aunque el norte de Europa occidental experimentó un cierto crecimiento, éste apenas debió compensar las graves pérdidas sufridas en la cuenca mediterránea, el centro y el este de Europa.

## Guerra, peste, malas cosechas

Se han alegado múltiples explicaciones a estos cambios demográficos: los efectos devastadores de la guerra y de sus exigencias militares y fiscales, la presencia continuada y periódica de las epidemias de peste, el enfriamiento del clima que habría propiciado la debilidad de las cosechas o las propios límites del sistema productivo vigente en la Europa preindustrial que lanzaba sus excedentes demográficos periódicamente contra un techo maltusiano.

En todo caso, es poco cuestionable que durante el siglo XVII, y desde las últimas décadas de la centuria anterior, se registró un cambio de tendencia en el crecimiento de la producción agraria, particularmente en los cereales, principal alimento de la población, y que el siglo estuvo jalonado por importantes y, a veces generalizadas, crisis de subsistencias. A pesar de que ciertos cambios en los cultivos en algunas regiones pueden interpretarse como una reacción frente a la recesión –extensión del centeno, la vid o la ganadería– tan sólo se lograría mantener el nivel de la producción o incluso aumentarla en los Países Bajos y en alguna zona de la Lombardía con el desarrollo del policultivo, la extensión del regadío y la desaparición del barbecho.

También entre principios del siglo XVII y comienzos del XVIII hubo un descenso muy importante en la producción textil de algunos de los centros más importantes de Europa. Leiden se vio afectada, al igual que les sucedió

**Gustavo Adolfo II en la Batalla de Dirschau**, en 1627. El padre de Cristina de Suecia fue herido en este episodio de su guerra con Polonia, momento que probablemente representa el cuadro.

a Lille, Augsburgo, Venecia y Beauvais. En muchas ocasiones ello se debió no sólo a los trastornos provocados por la guerra, sino también a un rápido desarrollo de la producción industrial a domicilio, mucho más competitiva, practicada en las áreas rurales que rodeaban a estas ciudades. Esta redistribución y reorganización manufacturera tuvo un efecto más perjudicial sobre el mercado de trabajo, y en el área mediterránea se vio acentuada por una pérdida de la competitividad en toda su economía, pasando de una producción muy especializada y unos servicios altamente cualificados a una estructura basada sobre todo en la producción de materias primas.

Igualmente, el comercio ultramarino se vio afectado. Según las cifras de la Casa de la Contratación, el comercio entre Sevilla y la América española comenzó a disminuir a partir de la tercera década del siglo XVII, aunque quizás este declive pueda deberse en gran parte a la infiltración holandesa e inglesa en el comercio atlántico, resultando Castilla la gran perjudicada. Por lo que respecta al comercio báltico, tras un estancamiento en la década posterior a 1618, el descenso se hizo efectivo después de 1650. La contrapartida a estos retrocesos fue, sin duda, el gran desarrollo de la ruta de las Indias Orientales. Pero incluso en este sector la crisis de la plata y el exceso de oferta de pimienta que se produjo en 1650 generaron una competencia tan dura entre las grandes compañías por acciones que los holandeses, árbitros hasta entonces en este tráfico, tuvieron que afrontar varias guerras comerciales contra Inglaterra y Francia. Las amenazas de recesión y la competencia comercial llevaron, además, a las potencias rivales a una intensa aplicación de las recetas mercantilistas. Los días del "milagro holandés" estaban contados, ya que su prosperidad comercial estaba respaldada por una fuerza militar y política comparativamente pequeñas, que la convirtieron en el blanco de las ambiciones inglesas y francesas.

## Bancarrota y revueltas

La guerra de los Treinta Años contribuyó a acelerar todo tipo cambios económicos en Europa, pero fue decisiva también en otro sentido: llevó a la bancarrota a la mayoría de los Estados y principados participantes, propiciando el estallido de revueltas interiores y de la violencia. En las capas inferiores del conjunto social, el agobio fiscal y los alistamientos forzosos se convirtieron en una realidad cotidiana durante la década de 1630, ya que aumentó drásticamente el gasto militar y el tamaño de los ejércitos diezmados por las enfermedades y las bajas en el campo de batalla. Unas políticas fiscales desesperadas, y verdaderamente sin precedentes, adoptadas a raíz de proyectos militares todavía más desesperados y a la larga más destructivos, provocaron un profundo resentimiento en todos los principales Estados, tal y como demostraron las revueltas antifiscales francesas de los años 1630. En Francia, el presupuesto entre 1609 y 1648 se multiplicó por 5; en Castilla, la fiscalidad aumentó un 50% entre 1612 y 1640. Debido a la voracidad del gasto bélico, ni la fiscalidad ordinaria ni los préstamos eran suficientes y se recurrió a nuevos tributos específicos para la guerra, ya fuera el *soldatenste-*

**EN TODA EUROPA CENTRAL Y OCCIDENTAL HUBO REVUELTAS CONTRAS LOS EXCESOS FISCALES Y DESAFÍOS A LA AUTORIDAD REAL**

## BIOGRAFÍAS

**1611.** Gustavo Adolfo II, rey de Suecia. Guerra sueco-danesa.
**1615.** Harvey descubre la circulación de la sangre.
**1616.** Muerte de Cervantes. Muerte de Shakespeare.
**1621.** Felipe IV sucede a Felipe III.

**Gustavo Adolfo II**, rey de Suecia.

**1626.** El 6 de diciembre nace Cristina de Suecia en Estocolmo. Derrota danesa en Lütter.
**1631.** Victoria sueca en Breitenfeld.
**1632.** Victoria sueca en Lützen. Muerte de Gustavo Adolfo II.

**Carroza** de Cristina.

**1637.** Descartes escribe el *Discurso del método*.
**1642.** Inicio de la Guerra Civil inglesa.
**1645.** Fin de la guerra sueco-danesa.
**1648.** Paz de Westfalia. Inicio de la Fronda en Francia
**1649.** Ejecución de Carlos I.

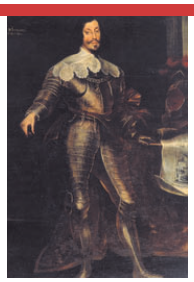
Ratificación del **Tratado de Münster**, en 1648.

El emperador **Leopoldo I y Margarita Teresa en traje de teatro**, en 1667. La superación de la revueltas populares incrementó la autoridad real.

*ner* alemán, la *taille* francesa o los millones castellanos.

Las cargas fiscales atacaban viejas inmunidades –estamentales o territoriales, contribuían a agravar las diferencias sociales entre exentos y pecheros, ricos y pobres, y obligaban a los grupos privilegiados a competir con la Corona por la percepción de los excedentes de la renta de la tierra. De esta forma, los campesinos veían cómo la nobleza o la Iglesia trataban también de resucitar viejos derechos o incrementar su cuantía, produciéndose un creciente proceso de reseñorialización. Sin duda, se agravaron las tensiones sociales por el desgaste que produjo aguantar un esfuerzo bélico cada vez más insoportable y, a la larga, las relaciones básicas entre señores y campesinos, Corona y nobleza, Gobierno y súbditos experimentaron una transformación irreversible.

En todos los Estados de Europa central y occidental se produjeron protestas, motines y, en último término, incluso revueltas contra los excesos fiscales cometidos por el Estado y contra aspectos afines derivados de la práctica de un absolutismo muy activo. El desafío más grave a la autoridad real tuvo lugar en los Estados beligerantes, precisamente cuando la guerra estaba llegando a su fin, coincidiendo no sólo con los precios más altos que habían alcanzado los productos alimenticios desde hacía generaciones, sino también con las expectativas de una rápida mejoría una vez que finalizaran las hostilidades. Muchas de estas rebeliones aprovecharon también crisis de legitimidad en los centros de poder respectivos, provocadas por regencias y minorías de edad de los soberanos, la incompetencia de ciertos monarcas o la impopularidad de sus validos. Se produjeron importantes sublevaciones



**El Emperador** Fernando III (1638).

**1651.** Hobbes publica el *Leviathan.*
**1654.** Abdicación de Cristina de Suecia.
**1659.** Paz de los Pirineos. Abdicación de Cromwell
**1660.** Paz de Oliva.
**1661.** Inicio del reinado personal de Luis XIV. Muerte de Felipe IV. Regencia de Mariana de Austria.
**1667.** Paz de Breda, entre Inglaterra, Francia y los Países Bajos.
**1682.** Luis XIV traslada la Corte a Versalles. Pedro I, zar de Rusia.

**Mosquete** holandés de Gustavo Adolfo II.

**1689.** 19 de abril. Cristina de Suecia muere en Roma.

**Versalles**, a finales del XVII.

**Carlos XI de Suecia como Apolo**, en 1670. Las teorías del absolutismo por derecho divino se plasmaron en una iconografía que divinizaba al rey e irradió sobre Europa desde Francia.

tanto en Escocia, Irlanda e Inglaterra como en Cataluña y Portugal a partir de 1640; en Nápoles y Sicilia en 1647; en Dinamarca en 1648 y también en 1660; en Francia desde 1648 hasta principios de la década de 1650; en Polonia y Moscovia a partir de 1648; en Suecia hacia 1652 y en gran parte de los territorios alemanes al término de la guerra.

## La madurez del absolutismo

Pero la superación de estas revueltas no hizo sino incrementar el poder real. Las últimas décadas del siglo XVII pueden considerarse como un periodo en el que la monarquía absoluta alcanzó su madurez. Cierto que siguieron existiendo numerosos límites que la voluntad de los soberanos no podía rebasar y que las teorías que defendían reservas a la autoridad real aún tenían defensores, pero aquellos que se obstinaban en la oposición abierta apenas podían esperar otra cosa que el deshonor y el destierro, la incautación de sus bienes, la cárcel o, incluso la ejecución por alta traición.

Tal y como dejaba constancia Luis XIV en sus *Memorias para la instrucción del Delfín*, redactadas antes de 1670, el monarca condenaba como insatisfactorio cualquier sistema que implicara compartir el poder, ya fuera con un privado o favorito o, menos aún, con los mismos súbditos a través de sus representantes o de cualquier otro tipo de instituciones de control y restricción al poder real. Por aquellos mismos años, el obispo Bossuet, predicador de la Corte y tutor del Delfín, desarrolló en Francia la teoría religiosa del absolutismo por derecho divino. Según él, sólo Dios podía cuestionar la autoridad real, y aunque un rey llegase a promulgar órdenes contrarias a la voluntad divina, a sus súbditos sólo les era lícito suplicar y rezar. Este inequívoco mensaje se vio reforzado por la estudiada iconografía y la magnificencia que empleó la cultura oficial en monedas y escudos heráldicos, el patrocinio de la ciencia, el teatro y la música, o la erección del palacio y los jardines que Luis XIV construyó en Versalles, a donde trasladó formalmente la Corte en 1682. Versalles no sólo era un escaparate donde exhibir a la monarquía y la etiqueta cortesana a imitación de la española que el rey había adoptado, sino que también constituía un mecanismo para distanciar a la nobleza francesa de los desórdenes de París y de sus tradicionales redes de patronazgo en las provincias.

## Expansionismo francés

La culminación del absolutismo francés coincidió además con el apogeo de su hegemonía política y militar en Europa, lo que explica los oscilantes cambios de alianza de la reina Cristina con las cortes de Madrid y Versalles durante su exilio romano. La mayoría de los conflictos de las cuatro últimas décadas del siglo XVII, aparte de las guerras comerciales entre las Provincias Unidas e Inglaterra, fueron impulsados por la iniciativa personal de Luis XIV. La Monarquía Hispánica, aunque casi intacta territorialmente, era ya incapaz de defenderse por sí misma, de manera que en su auxilio se concertaron las sucesivas coaliciones de las potencias europeas, cada vez más atraídas por la idea el equilibrio, que trataron de detener el amenazante expansionismo del monarca galo. ■

### PARA SABER MÁS


HEYDEN-RYNSCH, V., *Cristina de Suecia, la reina enigmática*, Barcelona, 2001.
STRINDBERG, A., *Cristina de Suecia*, Las Palmas de Gran Canaria, 1984.
*Cristina de Suecia en el Museo del Prado*, Catálogo, Madrid, 1997.